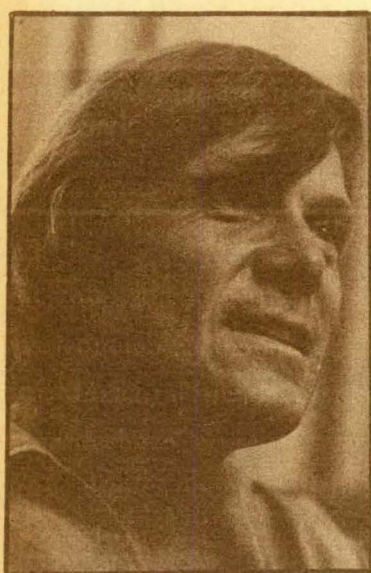
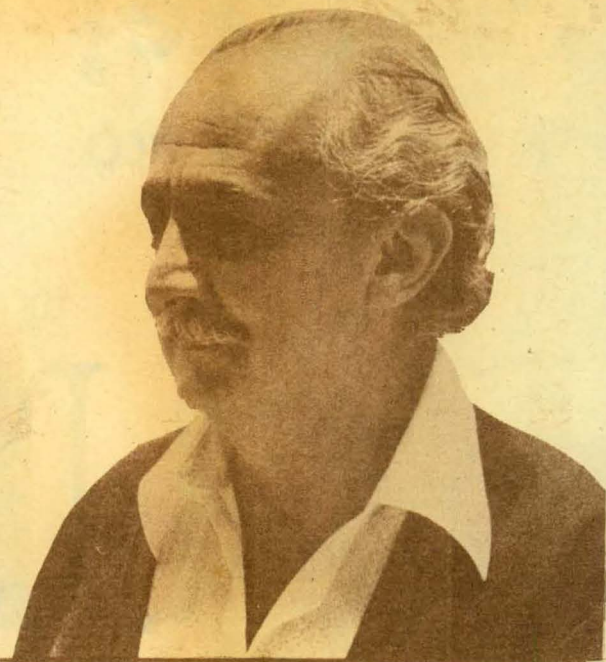


RECADO A

CUEVAS Y UNA

REFERENCIA

A IBARGÜENGOITIA



José Luis Cuevas... una contradicción más allá de su propia moral.

escénico. Entre nosotros hay casos semejantes, pero lo inadmisible es dictar sentencia inapelable para todos, caso por caso, y que los jueces representen el doble papel de fiscales y reporteros, constando, como es comprobable, que aceptaran favores diversos, vociferando que los recibieron a cargo de una amistad que, bien vista, ha surgido por invitación secreta o decreto privado. Es más lamentable la figura de quien es puesto en el cabús de la comitiva presidencial o secretarial, para hacerle sentir las banalidades del poder. Borges, en "La espera", creó en el trasfondo engañoso de la pampa, un protagonista habitual de las antesalas mexicanas.

Estos actores de dramas íntimos no permiten ver a quienes, en un cargo público, se comportan con dignidad: José Gorostiza, escribiendo "Muerte sin fin" en las horas previas de las jornadas habituales en la Secretaría de Relaciones de 1938; Reyes, en Río Janeiro o París, páginas que son "la mitad de nuestra literatura"; Paz, en la India, "Mutra", entre otras obras magistrales; Pellicer, en Bellas Artes, sus cantos ceremoniales. Altos ejemplos y al fin, ejemplos; continuadores, cada uno a su manera, de la tradición de servicio al país y también de la ruptura cuando la acción gubernamental contradice la acción moral y transgrede la ley.

III

Al escribir en 1976 sobre las opiniones de Carlos Fuentes, no lo hice porque él fuera embajador ante Francia; asistí a reuniones varias expresándole mi alegría por su cargo, fue un reconocimiento, el mismo que a Víctor Flores Olea, sino por haber favorecido el asedio contra el antiguo *Excélsior*, describiendo a ese diario conforme lo que representaba la prensa envilecida en 1912 y a Echeverría, por consecuencia inaudita, como un nuevo Madero, víctima de la injuria, el rencor y la ceguera de no ver en él un apóstol. La analogía era inexplicable y la actitud de Fuentes la de mayor significación en esas horas. Él había pasado —no sin asombro nuestro— del servicio público al privado; de la crítica a la adulación. Se repetía, en forma desmesurada, su comparación de 1971 al renunciar Martínez Domínguez: Echeverría era el nuevo Cárdenas y Martínez la voz del tardío callismo: el de Díaz Ordaz. En otro escrito señalé la incongruencia de otros amigos míos al haber concurrido en una gira electoral con algunos autores de la represión verbal y armada de 1968: Agustín Yáñez y Marcelino García Barragán. Fue apunte no juicio sumario. De cuanto he escrito, no sin dureza, sólo pido disculpas a Juan Vicente Melo. Fue víctima, y yo, al

paso del tiempo, también lo soy por haberle lanzado un juicio falsamente moral.

IV

En los últimos días, Jorge Ibargüengoitia, en la revista *Vuelta*, afirmó lo siguiente: "Cuenta Leñero que Ramírez Vázquez, a través de un telefonema y de una adivinanza, advirtió a Scherer que todo se arreglaría con que Gastón García Cantú dejara de colaborar. ¿No hubiera sido más sencillo para Echeverría darle un nombramiento a García Cantú?"

Jamás lo habría escrito —y decirlo sólo a dos amigos—: el gobierno de aquel entonces me ofreció, sucesivamente, empleos importantes, asesorías, y finalmente, en diciembre de 1975, una embajada en Europa. Ibargüengoitia, no puede admitir que Echeverría sea un hombre que conozca los medios y usos del poder; aceptarlo sería lo contrario de verlo como ingenuo y torpe; al calificarlo así parece lógico y cierto que yo padezca avidez de empleos públicos. Echeverría hizo cuanto pudo para doblegar en *Excélsior* a unos cuantos, no por cierto a Ibargüengoitia. En *Excélsior* no hay un solo párrafo crítico de Ibargüengoitia, sí numerosos bodrios y una prosa relevante por su cinismo: relatar su viaje hacia Buenos Aires para representar el triste papel de comparsa de una imaginaria política cultural junto a Echeverría.

José Luis Cuevas, en una entrevista más de las miles que ha concedido y procurado, aseveró que yo no soy independiente. Luego acaso lo fui y ahora, en la dirección del Instituto de Antropología e Historia dejé de serlo. Sirvo en el Estado; soy, pues, servil. Estoy condenado al fuego ocioso de los independientes. No soy más el que fui. He desaparecido ante quienes ayer jugaron el juego de la amistad. Incurrí, desde 1977, en esclavitud a la sombra del gobierno. No escribo, como se lee aquí, en *SIEMPRE!*, adulo; no critico, celebro, no recuerdo, encomio el presente; no registro hechos, aplaudo; no soy el que era sino su sombra, a veces jubilosa a veces quejumbrosa. El círculo mínimo de los independientes ha creado un mayor círculo infernal para sumir en el cautiverio a los réprobos a los infamados de servicio público. Pero Cuevas —el más alto creador de estos días mexicanos y el mayor artista en sus autorretratos— ha incurrido en una contradicción más allá de su propia moral: ¿cómo reconocer al grupo que trabajó con Julio Scherer en *Excélsior* y declararse amigo de Echeverría, el presidente, poniendo a salvo su acción contra ese diario? ¿Cómo admirar "Los periodistas" de Leñero, que abunda en pruebas circunstanciales, testimonios e inferencias inequívocas de la orden suprema de Echeverría contra *Excélsior* e interrogarse en voz alta sobre la identidad del culpable?

Algunos cumplen un itinerario de deslealtades; otros, de incongruencia. Yo lamentaría que el segundo fuera el caso de Cuevas. Confío en el coraje de su admirable inteligencia.